

Creo que en estas telas de origen remoto y procedimiento rudimentario se halla, con mayor virtud que en otras piezas artesanales, la respuesta a un viejo objetivo artístico: el equilibrio entre variedad y sobriedad. Tan sólo una de estas telas nos trasmite la resolución de este difícil dilema. Pues vemos aquí una perfecta síntesis de colores en disposición horizontal; estas "tiras" o cenefas son de colores vividos, vibrantes, y sin embargo la impresión es, no ya de equilibrio extremo, sino de perfecta armonía. ¿A qué puede ser debida? Mientras componía este petral titulado por obvias razones "de las Alpujarras", fui comprobando que el secreto de tal armonía radica en dos elementos: Primero: el ritmo; segundo: la composición. El ritmo implica el no temer el uso de estos colores radiantes; la composición en la utilización de estos ritmos de color, que llaman "de arco iris" los autóctonos, de manera afín entre los contiguos, arriba o abajo. Esta peculiar composición en estrato de colores la usan los alpujarreños de modo espontáneo, como dictada por una intuición colectiva infalible, de manera que nunca equivoquen esa extraordinaria afinidad de contiguos cuyo resultado es esa cohesión tonal expansiva, en ascendente y descendente. Es así que el ojo humano, pendiente sólo de la síntesis, percibe una unidad que es tanto más profunda por cuanto abarca diversidad de colores, e impactante por cuanto estas serialidades no se dan jamás de manera simétrica, sino casi caprichosa, al menos aparentemente. Están todos los colores y el efecto es de una sola luz, como si el espectro, que se hallaba disperso, se hubiese recompuesto súbitamente en virtud de su propia dinámica adherente. La impresión llega a ser hipnótica. Y es aquí donde radica su misterio: Nunca estos colores se premeditan; están ahí, en la misma disposición análoga, desde los primeros telares; tal vez en la edad de Hierro, pero no hay dos iguales; todos son distintos y nos producen siempre sensaciones semejantes.

Desde los primeros tiempos en que comencé la ejecución de estos petrales, quise servirme de elementos minerales estrictamente autóctonos. De esta manera pretendía no ya "aludir", sino "representar", "trasponer", impuesto de que estos elementos estén vivos y emiten más allá de su sugestión estética. Eran para mí, tales petrales, algo muy cercano a un talismán. Para esta ocasión me he servido de toda una sinfonía de tierras, minerales aglutinados y óxidos: las limonitas de Atalbéitar y Fuente Agría, las galenas de Laujar, las launas, la cal, las serpentinas, las ofitas, los granates de Almería, las arcillas. Es un mundo de silencio cuyos objetos hablan desde las manos y mientras se los rozan. Mientras



los cosechaba, iba pensando que toda la Alpujarra era a semejanza de un cofre cuyas joyas alguien había vertido sobre la propia tierra, y ahora a mí tocaba ordenarlas, exponerlas sobre un mural. Estos azules añiles que evocan las noches claras y hondas del desierto; estos amarillos de pertrechos dorados, ajorcas y collares de danzarinas; estos colores púrpura de las ascuas que quedan en sus hogueras, estos verdes de oasis y cromados de dunas interminables; estas grisallas de piedras ingentes, estos negros pastosos de párpados vueltos hacia el sueño y el letargo; estos blancos de culebrina que imitan el zigzaj de los tatuajes sobre la carne tñida, poderosa, hendida por un rayo de fascinación.

Estas jarapas, me vine a decir entonces, son la expresión del eco que recorre las costas ribereñas del Mediterráneo. Este nuestro mar es a semejanza de un salón de baile donde resuenan todas las danzas, una cámara donde percuten —como cierta que hay en la Alhambra— todos los susurros, de manera que cuanto más lejos se sitúa el emisor, tanto más nítida e imminente su voz aparenta. Entonces me entretuve en interrumpir aquellas franjas sólidas con cintas de puntos blancos. Parecían diademas de perlas, pero eran sólo los ojos, las miradas de lo inerte. "El ojo no es ojo porque te mira, sino porque lo ves", dice un viejo aforismo árabe, tantas veces luego parafraseado. De la misma manera este petral quisiera que lo fuese no porque yo lo hice, sino porque, de alguna forma, me hizo él a mí. Pues mientras usaba de sus bandas de color iba sintiendo que las líneas extáticas se hacían contornos animados y que su geometría, en fin, cobraba movimiento; que el color se me transmitía en calor, y éste en vida.

Xaverio,

18 de Septiembre. 1994

